

LIBROS

«Mar de la noche»

Una extraordinaria capacidad de sugestión brota de esta poesía íntima, lírica, desolada. «Mar de la noche», de Justo Jorge Padrón, no es ni noche ni mar, y, sin embargo, podría ser ambas cosas: un mar de cambiante oleaje verbal, que revuelve algas de sueños, rescaca de recuerdos, sensuales espumas y vértigos de naufragio, de ahogado, casi, en el azar dramático del vivir; y una noche de cerrada desolación, donde se entrecruzan pasión amorosa y soledad soñambula.

Entre la desolación y la belleza, entre un sentido dramático de la vida y una atracción fascinada por la imagen y el símbolo, los poemas de Justo Jorge Padrón devuelven a la poesía el encanto de lo sobrerreal.

Justo Jorge Padrón nos dice que se prende al misterio del sonoro sentir de la palabra. Mas como quiera que sentir es percibir sensaciones, tanto físicas cuanto morales, su palabra deviene arma de dos filos, ya por el doble efecto sensorial («aroma cegador», «la primera luz fue el reino de los olores», dirá sinestésicamente), ya por el irreal y simbólico olor evocado («olores confusos del día extinguidos», «aroma de infancia protegida», «reino tan entrañable que oloroso remonta», «fue viviendo todos los aromas de la estancia», expresa con evidente trascendencia de la mera olfacción a valores morales). Otras veces, las sensaciones físicas reales se evocan acompa-

ñadas de adjetivos irreales: «besos flotantes» o tacto de «piel derramada en la sed». Al mismo tenor se nos presentan adjetivos no rigurosamente improprios o irreales, pero sí que responden más a la tesitura del poeta que al objeto calificado. Por ejemplo, cuando dentro de un poema se nos dice que, en el silencio, en la soledad, «cruzan los caballos feroces de la noche, los trenes y sus ruedas inmensas, la airada muchedumbre», no nos induce a pensar en noches feroces, en ruedas inmensas ni en muchedumbres airadas, sino que percibimos un talante angustiado como promotor, desde sí mismo, de la tremenda adjetivación.

Jorge Padrón revaloriza, pues, la imagen sobrerreal, y la desliza, con riqueza de vocabulario, por un hilo de la madeja superrealista que se propuso devanar directamente las sensaciones, sin detenerse en el triotado de la lógica y aun cortando las posibles hebras relacionantes:

Grandes ojos viscosos
[cuelgan por los
[dinteles,
lenguas torcidas man-
[chan
cuadros y espejos apa-
[cibles.

La utilización de las imágenes acumuladas y yuxtapuestas puede llegar a lo intrincado, como en este fragmento:

El corazón de tristes
[cuerdas
sueña, suena agudí-
[simo
por los rincones más
[ocultos
de la arboleda o en mi
[bota
más triste, traspasada
por los ojos y bocas
[del total abandono.

Deducimos que el corazón es como un violín que ejecuta música triste (representación del estado de ánimo del poeta), y por eso tiene «tristes cuerdas» y suena (o sueña: juego de parónimos) agudamente por una arboleda más simbólica que real,

o en la bota también triste, posible sinécdoque del andar taciturno del poeta, y ese caminar va traspasado por el abandono, por la soledad, que se hace cuerpo y se le atribuyen ojos y bocas. Sin embargo, la yuxtaposición de imágenes es complicada para la misión de transmitir un estado de ánimo, mucho más cuando los pasos perdidos del poeta se identifican con el tiempo perdido y, al final del poema, ese tiempo quiere buscarse en el corazón —de nuevo—, punto inicial de la composición.

Lo anterior da idea de la riqueza imaginativa de este poeta, que nos habla de «la alquimia de la mente». En efecto, en esta suerte de poesía simbólica y alucinada, la mente es alquimista, y hasta tiene vocación de Rey Midas. Para ello, no sólo cuenta con la imagen sobrerreal, sino también con el efecto de sorpresa, bien de la asociación insólita, bien de la disposición inusual de la frase, de la que cabe obtener ambivalencias o vacilaciones atrayentes. Un ejemplo:

Frio brumoso y pálido
[do del lago
y de sangre solar dia-
[mante azul.

Nos queda la duda de si «diamante azul» es atribuible al lago o al cielo en que brilla el sol (la «sangre solar»). Mas en ambos casos la sintaxis lógica hubiera debido ser otra. O bien «Frio brumoso y pálido del lago/diamante azul, y de sangre solar», o bien «Frio brumoso y pálido del lago/y de sangre solar en el diamante azul».

El poeta nos ofrece también una versión personal de la tendencia exaltadora de lo puro y sencillo frente a lo artificial y adulterado, tan frecuente en la poesía del superrealismo. Jorge Padrón polariza la antítesis en la noche y el día. Encuentra grata la suavidad de cuanto resbala por la noche, y anatematiza te o hastiante la jungla

del día. «Oficinas, máquinas, relojes, expedientes», elementos con los cuales se simbolizan la burocracia, la mecanización, el tiempo inhumanamente programado y las compulsiones y coacciones a la libertad. Tanto por el tema cuanto por la aparición de los notarios como personificación de tales extorsiones, recuerda este poema de Jorge Padrón a algunas zonas de la poesía de Neruda. Sabido es cómo ha estudiado Amado Alonso las referencias a los notarios en la obra nerudiana, exponentes de negación de la poesía, así como de reglamentaciones y fiscalizaciones cargantes.

En cambio, cierto acento cósmico en expresiones como: el mar, «gran brazo azul»; el olor, «bautismo con la tierra», o «un vasto arenal en mi cuerpo», y, sobre todo, el sentido del amor: la unión amorosa como destrucción y la idealización del amor físico hasta una cuasi espiritualidad («la transparencia de dos cuerpos»), aproximan la poesía de Jorge Padrón a la línea alexandrina.

Con estos regustos nos llega en «Mar de la noche» un poeta personal, de cálido acento amoroso y desolado. Predomina en la primera parte la tristeza amorosa de retorno, diríamos. Retorno se titula el primer poema (sobre recuerdos de infancia), y en casi todos los restantes encontramos verbos como volver o haber vivido, o expresiones tales como comprender el pasado, vuelo perdido o paredes que comprendieron. Hay, pues, una serie de regresos, reales o soñados, que forma la sustancia emotiva de los poemas.

En la segunda parte cunde la desolación. El poeta busca aislamientos o refugios, y acaso una verdad, una «única verdad que sostenga».

La tercera parte, que es —a mi parecer— la más intensa y honda, es también la que acrecienta el misterio, las presencias entrevistas. La

esperanza como un desconocido visitante, el durmiente querido o recordado, la belleza como un cuerpo deseado, el habitante de un país extraño, la noche como un laberinto, el prisionero en una cárcel de ojos implacables. Los nueve poemas de esta última parte bastarían, por su tensión y su misteriosa hermosura, para constatar la calidad de este poeta, si no la tuviese ya demostrada en libros anteriores, como «Los oscuros fuegos».

■ LEOPOLDO DE LUIS.

Kafka, nuestro semejante

De no haber sido por un doloroso acto póstumo de infidelidad, el incumplimiento de una última voluntad de un amigo, hoy tal vez ya nadie se acordaría de un pobre judío pragués de habla alemana que vivió a principios de siglo una oscura existencia de empleado de una compañía de seguros y murió tan oscuramente como había vivido en un sanatorio cercano a Viena, víctima prema-

tura de una tuberculosis pulmonar.

En efecto, en una de sus últimas cartas a Max Brod, su confidente y amigo, aquel judío de origen bohemio llamado Franz Kafka, exigía la destrucción de todos sus manuscritos y papeles. Tan sólo se mostraba dispuesto a consentir que se salvaran cinco o seis relatos ya publicados, que él consideraba como lo único válido que había salido de su pluma, y entre los que figuraban «La metamorfosis», «El juicio» y «La colonia penitenciaria», pero no, por ejemplo, «El castillo» ni «El proceso». Respecto a esos relatos, Kafka explicaba en su carta que, puesto que habían sido publicados, no podía ni quería impedir a nadie su lectura, pero que, de todas formas, nunca deberían reeditarse, pues era su voluntad que su nombre y su obra se hundiesen para siempre en el más completo de los olvidos.

El destinatario de la carta decidió, sin embargo, incumplir aquella última voluntad de su amigo. Jamás podremos agradecerle a Max



Placa conmemorativa del nacimiento de Kafka, en una calle de Praga.